

marzo de 1999) bajo el patrocinio los Reyes de España y los Ministerios de Asuntos Exteriores y Educación y Cultura. Con una acertada selección de piezas pertenecientes en su mayoría a colecciones e instituciones españolas, la muestra traza un panorama general de las aportaciones culturales de Monarquía Hispánica en la primera mitad del siglo xvii. Después de un preámbulo sobre la defensa de la reputación de la Monarquía antes de la decadencia que desencadenaría la crisis de 1640 (A. Domínguez Ortiz), esta visión de conjunto aparece estructurada en apartados que abordan el aporte de metales preciosos de Indias y la financiación de la cultura (C. Martínez Shaw), la tratadística política sobre el oficio del rey y el deber de consejo (A. Feros Carrasco), la concepción de la historia y sus aportaciones (J. M. Iñurrategui), el arbitrista (J. L. Gómez Urdáñez), los avances y obstáculos al desarrollo de la ciencia (J. M. López Piñero), la influencia de la iglesia contrarreformista (R. García Cárcel), la vida cortesana (J. A. Sánchez Belén), el mecenazgo constructivo (M. Morán Turina), el Siglo de Oro de la literatura (A. Berenguer Castellany) y el teatro (J. M. Díez Borque), los inicios de la música barroca (R. Escalas), el coleccionismo artístico (E. Pareja López), la vida cotidiana (C. Gómez-Centurión) y el reflejo cultural español en Ultramar (R. M. Serrera).

Aunque algunas de estas importantes contribuciones a la historia de las relaciones entre España y los Países Bajos durante este período de 1598 a 1648, hayan quedado en parte eclipsadas en nuestro país por las exposiciones y congresos con que se celebró el IV centenario de la muerte de Felipe II, esta breve reseña quizás permita dejar constancia del interés y utilidad que hemos encontrado en todas las publicaciones aquí referidas, y permita también conocer un poco mejor la labor de investigación que vienen desarrollando otros colegas belgas y holandeses para futuros proyectos relacionados con esta época.

Bernardo José GARCÍA GARCÍA

EXPOSICIONES CONMEMORATIVAS DEL CENTENARIO DE FELIPE II

El interés en la revalorización de la figura de Felipe II y de su reinado que se detecta en los últimos años ha cristalizado sobre todo en 1998, con ocasión del cuarto centenario de su muerte. El tema ha sido considerado desde los ámbitos políticos de máximo interés nacional, lo que ha traído como consecuencia la creación de la «Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V», organismo cuyo presidente (Juan Carlos Elorza) tiene rango de Secretario de Estado. La simple creación de una institución semejante, con cierta complejidad organizativa y bien dotada económicamente, necesariamente demanda una importante actividad con trascendencia

pública que justifique su existencia. El resultado ha sido notable en lo que se refiere a exposiciones y otras actividades culturales (conciertos, congresos, publicaciones) destinadas a conmemorar la figura de Felipe II. El número de piezas que se ha tenido la oportunidad de contemplar ha sido verdaderamente espectacular, pues entre las cinco muestras a cargo de la Sociedad Estatal superan el millar y medio de objetos, cuyas procedencias son además extraordinariamente variadas, al igual que su formato o el medio artístico y documental en el que están realizados. Igualmente notables han sido el esfuerzo económico, la labor organizativa y de creación intelectual y la respuesta del público (más de 600.000 visitantes).

Estos datos invitan a alguna reflexión. Aunque todas estas actividades nacen teóricamente con un aséptico deseo de estudiar «científicamente» la figura de Felipe II, para mejor reconocer sus virtudes como gobernante, definir ajustadamente el papel de España en el marco de la cultura y de las relaciones políticas de la época y describir objetivamente las luces y las sombras de su reinado; y aunque individualmente las distintas exposiciones y los diferentes historiadores que han intervenido en ellas o en congresos, publicaciones, etc., hayan cumplido con esta voluntad de objetividad, lo cierto es que la imagen que deriva de todo este año de celebraciones trasciende las características generales de estas aportaciones individuales.

Se conmemora y se celebra aquello que se considera que tiene un contenido ejemplar; y en la sociedad contemporánea, en la que tanta trascendencia tienen los medios de comunicación para crear opiniones, frecuentemente tiene más importancia para transmitir una idea el soporte o el continente del mensaje que su verdadero contenido. En este caso, el «soporte» han sido una multitud de actos que han contado con una destacadísima presencia institucional y en los que han participado objetos con tanto prestigio autónomo en el mundo actual como son las obras de arte. Y a través de la reiteración de la imagen se llega fácilmente a la apología. En este sentido hay que recordar que las exposiciones tienen actualmente dos grandes tipos de receptores: por una parte el público que efectivamente acude a ellas y que, dependiendo de su interés o de su nivel cultural, asimila y elabora de una forma u otra la información que recibe. Pero por muy multitudinario que sea este público, siempre será numéricamente muy inferior al formado por la parte de la población cuyo único contacto con ellas se realiza a través de los medios de comunicación, que durante todo el año han estado informando insistentemente sobre la preparación, la inauguración, el desarrollo, la clausura y el balance de una serie de muestras organizadas en torno al mismo personaje. Evidentemente, no se forma una Sociedad Estatal para seiscientos mil visitantes interesados, sino para cuarenta millones de personas susceptibles de recibir un mensaje determinado. Y ese mensaje siempre se puede descifrar en clave política, pues sus emisores principales son fundamentalmente los políticos. En este caso sería interesante estudiar estas celebraciones como expresión de una proyección o una identificación de los go-

bernantes actuales con la imagen que se han formado de un personaje y un período muy determinados de nuestra historia.

La gran cantidad de material artístico e iconográfico desplegado en las exposiciones permite llamar la atención sobre la especial relación que se estableció entonces entre la imagen y el poder en España. Para ninguna época anterior o inmediatamente posterior de nuestra historia poseemos tanta cantidad de documentación gráfica generada en nuestro país (y eso lo comprobaremos en el año 2000 con Carlos V), lo que es muy expresivo no sólo de nuevas realidades culturales o artísticas, sino también de aspectos más generales de la política filipina, como son la gran actividad que desplegó en todos los órdenes de actividad o su gran afán controlador, que le hizo emplear frecuentemente los medios figurativos. Producto de ello son numerosos retratos, vistas topográficas, planos de ciudades y fortificaciones, etc., que se han podido ver este año.

Las exposiciones organizadas por la Sociedad Estatal han sido, por orden de celebración:

Felipe II. La monarquía hispánica. Celebrada en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial entre junio y octubre de 1998. Fue dirigida por Carmen Iglesias y tuvo como objetivos la descripción de la trayectoria humana y política del rey a través de las mujeres que marcaron su vida y que han constituido los puntos de referencia en torno a los cuales se han organizado las diferentes secciones expositivas. Para este recorrido por la biografía del rey se ha utilizado una gran variedad de objetos históricos (el catálogo contiene 503 entradas) cuya inclusión en general se ha decidido atendiendo más a criterios de interés documental o histórico que artístico. Libros, documentos de archivo, estampas, pinturas de todo género y autores, armaduras, monedas, joyas, textiles, etc., se han ido mezclando con el objeto de definir históricamente el reinado de Felipe II. Una parte muy destacada de las obras proceden del Patrimonio Nacional, que ha aportado también el marco de la exposición: el Monasterio de El Escorial, el monumento más íntimamente ligado a la memoria filipina.

Felipe II. Los ingenios y las máquinas. Celebrada en el Real Jardín Botánico de Madrid entre septiembre y octubre de 1998 y dirigida por Ignacio González Tascón. Su subtítulo, «Ingeniería y obras públicas en la España de Felipe II» es suficiente aclaratorio de esta exposición ejemplar en varios aspectos: en primer lugar en su interés por dar protagonismo a un tema a veces oscurecido de la actividad pública en la España de la época; también por el esfuerzo en reunir un material muy disperso que ha tenido que ser complementado por numerosas maquetas hechas para la ocasión; y por último, por la gran voluntad pedagógica que acompaña a la muestra y que ha hecho accesible al público en general materias un tanto complejas. Este esfuerzo se advierte también en el catálogo, que contiene materiales muy útiles para el historiador.

Felipe II. El rey íntimo. Jardín y naturaleza en el siglo XVI. Celebrada en el Palacio Real de Aranjuez entre septiembre y noviembre de 1998 y dirigida por

Carmen Añón. Aunque tiene como referente fundamental a Felipe II y como propósito subrayar su interés por la jardinería, la relativa escasez de materiales relacionados con el tema ha obligado a buscar piezas relativas a otros lugares y otras épocas, que entre todas proporcionaron un interesante paseo por el arte de la jardinería en la Europa moderna. La exposición se acompañó con un congreso sobre el tema.

Felipe II. Un príncipe del Renacimiento. Celebrada en el Museo del Prado entre octubre de 1998 y enero de 1999 y dirigida por Fernando Checa. Muestra las inquietudes artísticas e intelectuales del rey en el contexto de la cultura española y europea de su época, y se organiza en secciones como «Protagonistas de un reinado», «La formación de un príncipe renacentista», «La antigüedad clásica como modelo estético», «Las galerías de retratos», «La devoción de la época y la piedad del rey», «Difusión de la imagen regia» y «Una época de coleccionistas». Desde el punto de vista del valor artístico del material utilizado se trata de la exposición más importante que ha tenido lugar en España en este año, y una de las principales que han podido ofrecer los museos de todo el mundo. Sin contar con las pinturas del propio museo, en ella han participado obras maestras de Correggio, Parmigianino, Arcimboldo, Moro o El Greco, procedentes de instituciones muy variadas. La escultura, la pintura, la tapicería, la orfebrería, etc., se han unido en un discurso de gran rigor y coherencia histórica para mostrar uno de los aspectos de Felipe II que más están interesando en los últimos años: su relación con la cultura y, sobre todo con el arte, que le convierte en uno de los puntos de referencia fundamentales para entender el arte europeo de la segunda mitad del siglo XVI.

Felipe II. Las tierras y los hombres del rey. Celebrada en el palacio de Villena de Valladolid entre octubre de 1998 y enero de 1999 y dirigida por Luis Ribot. Exposición de carácter histórico y documental, y en este sentido relacionada con la que tuvo lugar en El Escorial. Pero mientras en esta última de lo que se trataba era de hacer un recorrido cronológico de la biografía de Felipe II, en Valladolid el propósito era mostrar de una manera diacrónica las realidades políticas, sociales, culturales, artísticas y religiosas que caracterizaron la monarquía filipina. Para ello se ha recurrido a una gran variedad y cantidad de piezas (345) de gran valor documental y artístico, realizadas por autores como Juni. Moro, Sánchez Coello, Perret, El Greco, Cambiaso o Rubens, y que se integran en secciones como «La monarquía», «Las formas del poder», «La defensa de los reinos», «La religión» y «Imágenes del conocimiento».

Al margen de la Sociedad Estatal, otras instituciones han organizado también exposiciones sobre Felipe II, como *Felipe II en la Biblioteca Nacional*, que durante la primavera reunió algo más de trescientas piezas entre las que se contaban libros impresos, manuscritos, mapas y estampas, que entre todos ofrecían una interesante visión del reinado y más especialmente de los productos culturales generados en torno a la monarquía hispánica.

En septiembre, las salas de la Calcografía Nacional ofrecieron una exposición doble. Por una parte, *Felipe II y el poder de persuasión de la stampa*, dirigida por José Manuel Matilla y José Miguel Medrano, que a través de 67 piezas mostraba las posibilidades propagandísticas del arte del grabado. Entre las razones que prestaban interés a la exposición destacan la importancia que se dio en ella a la iconografía antiespañola, bastante abundante en esa época pero significativamente poco presente en el resto de las celebraciones filipinas. También de interés es el hecho de que se haya recurrido a un fondo iconográfico que ha pasado muy recientemente a formar parte del patrimonio público español y que promete ser de gran utilidad, como es la colección de estampas y dibujos que legó Antonio Rodríguez Moñino a la Real Academia Española. La parte titulada *Dibujos italianos en la época de Felipe II*, dirigida por Ascensión Ciruelos, mostraba veinte piezas de los fondos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, entre las que figuraban varias realizadas por artistas que en alguna ocasión estuvieron dentro de la órbita filipina, como Tintoretto, Cambiaso, Tibaldi, Cincinato o Zuccaro.

De todas estas exposiciones realizadas para conmemorar el centenario quedan sendos catálogos que, entre todos, constituyen tanto por las piezas que contienen como por los ensayos que los acompañan, un material muy valioso para el estudio de Felipe II y su época.

Javier PORTÚS

CURSO: EXTREMADURA Y LA TRASHUMANCIA (SIGLOS XVI-XX)

Durante los días 28, 29 y 30 de abril de 1998 se celebraron en Cáceres, en el marco del Complejo Cultural San Francisco, las sesiones del Curso de Historia Socioeconómica de Extremadura, **Extremadura y la Trashumancia (siglos XVI-XX)**, dirigido por los Dres. M. A. Melón Jiménez, A. Rodríguez Grajera y A. Pérez Díaz y organizado por la Universidad de Extremadura y las Consejerías de Medio Ambiente, Urbanismo y Turismo y Agricultura y Comercio de la Junta de Extremadura.

Desde la época medieval hasta la etapa contemporánea, Extremadura fue territorio de acogida de innumerables rebaños que, procedentes de los territorios situados al norte del Sistema Central, pastaban en las dehesas de la región. Este fenómeno contribuyó a perfilar con unas características especiales la historia extremeña y fue el origen de algunos de los tópicos que la historiografía ha mantenido incluso hasta nuestros días. Por tal motivo, la historia socioeconómica de Extremadura difícilmente puede ser entendida sin el concurso de la actividad trashumante, al igual que la historia de ésta tampoco podría entenderse sin el del territorio extremeño, en tanto que principal destino de ganados a cuyos pastos aflúan anualmente miles de cabezas.

Ello supuso una continua pugna entre actores de las más diversas proce-